PREDICAR LA CONVERSIÓN
A TODAS LAS NACIONES

Homilía de monseñor Carmelo Juan Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia para el tercer domingo de Pascua (26 abril 2009)

I."MIREN MIS MANOS Y MIS PIES: SOY YO MISMO"

1. San Lucas cuenta tres apariciones de Jesús durante el primer día de la semana: a los discípulos de Emaús, a Pedro y a los discípulos reunidos. El domingo pasado vimos cuán importante es, desde la Resurrección de Jesús, este primer día, inicio de una nueva creación. La lectura de hoy nos sugiere otros aspectos. En primer lugar que, si bien hay un cambio fundamental, no hay un foso insalvable entre la vieja y la nueva creación, entre el mundo del sábado y el del domingo. Hay más bien una relación necesaria.

2. El domingo pasado vimos a Jesús que, después de dar la paz a sus discípulos, *"les mostró sus manos y su costado" (Jn 20,20).* Era distinto del de antes, porque entró *"estando cerradas las puertas donde se encontraban los discípulos" (v. 19).* Pero era, a la vez, el mismo. En su cuerpo estaban a la vista las marcas de la crucifixión. En el posterior encuentro con Tomás remarcó esto: *"Trae aquí tu dedo: aquí están mis manos. Acerca tu mano: métela en mi costado" (v. 27).*

Hoy, San Lucas trabaja especialmente este aspecto de la identidad de Jesús. Dice que los discípulos *"creían ver un espíritu" (Lc 24,37).* Por ello Jesús los invita a comprobar: "*`Miren mis manos y mis pies, soy yo mismo. Tóquenme y vean. Un espíritu no tiene carne ni huesos como ven que yo tengo´. Y diciendo esto, les mostró sus manos y sus pies" (v. 38).* Incluso, comió delante de ellos: *"Jesús les preguntó: '¿Tienen aquí algo para comer?' Ellos le presentaron un trozo de pescado asado: él lo tomó y lo comió delante de ellos" (v. 41).*

3. Se entendería mal la identidad de Jesús si se la redujese a una comprobación policial: el que ayer estaba muerto, ahora "está vivito y coleando". Es una comprobación mística, de consecuencias fundamentales. Primera, la necesaria relación entre la muerte y la resurrección, que hace a la esencia del Evangelio: *"Cuando todavía estaba con ustedes, yo les decía…: 'Así estaba escrito: el Mesías debía sufrir y resucitar de entre los muertos al tercer día" (44.46).* Esto Jesús lo enfatiza más a los discípulos de Emaús: *"¿No era necesario que el Mesías soportara esos sufrimientos para entrar en la gloria?" (v. 26).*

II. "ERA TAL LA ALEGRÍA…"

4. La segunda consecuencia es que en la celebración dominical los cristianos no nos reunimos sólo a recordar a un ser maravilloso, un héroe del pasado, cuya figura nos conmueve y alienta. Nos reunimos con el mismo Jesús, muerto y resucitado. Aunque él está ausente a nuestros ojos de carne, en la asamblea eucarística es el

más presente de todos. De allí, la alegría de los apóstoles. De allí, también, la alegría de la celebración dominical.

Si cuando se explica el precepto dominical, se mostrase esto, y sobre todo, se lo hiciese gustar... ¿Quién no querría estar con Jesús muerto y resucitado? Como prolongación no siempre conciente de la celebración dominical, los domingos sentimos la obligación de reunirnos con la familia, o al menos de llamarla por teléfono. Esto no lo sentimos como un peso. Es una dulce obligación que nos alegra. ¿Por qué, entonces los cristianos rehuimos muchas veces de la Misa dominical? ¿Es tan desagradable reunirse con Jesús resucitado? ¿Será quizá por una mala catequesis sobre el precepto dominical? ¿Quizá se debe a que la celebración de la Misa no siempre es festiva?

5. Entre las orientaciones pastorales que Benedicto XVI dio a la Conferencia episcopal de Aparecida merece destacarse el párrafo dedicado a *"la Misa dominical, como centro de la vida cristiana"*. Ya lo había hecho antes en la exhortación post-sinodal "Sacramentum Caritatis". A algunos les pareció intrascendente, porque muchas veces buscamos soluciones pastorales más conformes a la fantasía que al Evangelio. Además, muchos somos deudores de una falsa tradición, que vio la Santa Misa casi sólo como un precepto a cumplir y no como el día de los hijos de Dios en que necesitamos reunirnos con Jesús, nuestro Dios y nuestro hermano, muerto por nuestros pecados, y resucitado para darnos la Vida.

La celebración dominical es la acción pastoral original, ideada por el mismo Jesús. De allí que el Concilio la defina como *"origen y culmen de la vida cristiana"*. De allí, también, el esmero con que los ministros debemos prepararla y celebrarla. Si relegásemos la Misa dominical a un instrumento más de la pastoral, ésta se convertiría en un cúmulo de fatigas sin sentido.

III. "LES ABRIÓ LA INTELIGENCIA..."

6. Que la Misa sea "festiva" no es lo mismo a que "divertida" o "espectacular". Cuando uno se divierte se extrovierte, y tira afuera las tensiones. En cambio, cuando uno festeja, goza de la presencia del otro, entra en su intimidad, lo escucha y se enriquece.

La aparición de Jesús es festiva. No sólo hace que sus discípulos miren sus manos y sus pies, sino que los introduce en el misterio de lo sucedido: "*`Cuando todavía estaba con ustedes, yo les decía: Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos'. Entonces les abrió la inteligencia para que pudieran comprender las Escrituras" (Lc 24,44-45).* Lo mismo había hecho en la anterior aparición a los discípulos de Emaús: *"Y comenzando por Moisés y continuando con todos los profetas, les interpretó en todas las Escrituras lo que se refería él" (v. 27).* El fruto de la explicación que Jesús hizo de las Escrituras a los dos discípulos fue extraordinario: *"Se decían: '¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?'" (v. 32).* Podemos sospechar que lo mismo sucedió en la aparición de hoy.

Una pregunta se impone: ¿arde el corazón de los fieles cuando los ministros de la Iglesia hacemos la homilía?

IV. "EN SU NOMBRE DEBE PREDICARSE LA CONVERSIÓN"

7. Lo que Jesús revela a los discípulos en la intimidad de una fiesta no es para ocultarlo. Es para comunicarlo. Y así haya fiesta para todos. Por ello agrega: *"Comenzando por Jerusalén, en su Nombre debe predicarse a todas las naciones la conversión para el perdón de los pecados. Ustedes son testigos de todo esto" (Lc 24,48-49).*

Por ello la Iglesia, cuando celebra el domingo, prepara las dos mesas: la de la Palabra y la de la Eucaristía. Cuanto más gustosa sea la primera, más sabrosa resultará la segunda. De lo contrario, la Misa dominical puede volverse tediosa.

8. Los Obispos latinoamericanos en Aparecida, al hablar del fenómeno de los católicos que abandonan la Iglesia, se refieren, entre otras causas, a una debilidad en el conocimiento de la Palabra de Dios. A mi parecer, no insistieron lo suficiente en la predicación que los ministros de la Iglesia realizamos los domingos, ni sobre la preparación que a tal fin imparten los Seminarios. Es deseable que lo haga la próxima exhortación post-sinodal sobre "La Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia". Pero sin esperar tanto, los predicadores debemos tener la humildad y valentía de revisar, por amor a Cristo y al pueblo de Dios, cómo tendemos la mesa de la Palabra y cumplimos los domingos el ministerio de la predicación.

La palabra del Concilio sigue actual: *"Los presbíteros tienen como primer deber predicar a todos el Evangelio de Dios" (Presbyterorum O*rdinis *4).* Vale igualmente lo que dice sobre la formación que han de impartir los Seminarios: *"La preocupación pastoral… exige que los seminaristas se formen diligentemente en todo lo que se refiere de modo peculiar al ministerio sagrado, especialmente en la catequesis y predicación" (Optatam totius 19).* ¿Estas palabras conciliares, se han hecho carne en la vida de la Iglesia? ¿O son todavía deseos del Espíritu aun no plenamente escuchados?

Mons. Carmelo Giaquinta, *arzobispo emérito de Resistencia*